

Tipos delincuentes del Quijote

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

La tradición de estudios cervantinos en Colombia, se enriquece ahora con la valiosa contribución que el humanista Ignacio Rodríguez Guerrero, entrega al mundo de habla hispana, en dos volúmenes editados por la Casa de Cultura Ecuatoriana. Por razones de tiempo y de espacio, este comentario se contrae al primer tomo. Cabe anotar la circunstancia del generoso patrocinio editorial, hecho por el máximo instituto letrado del país fraterno, el cual contrasta con la indiferencia de nuestros libreros e impresores para obras de la alcurnia intelectual de los *Tipos delincuentes del Quijote*, ensayo que obtuvo (ya lo divulgó el periodismo) el *Premio Quincenal Internacional de Estudios Cervantinos "Isidre Bonsoms"*, otorgado por el Instituto de Estudios Catalanes de Barcelona. Mas no es aventurado suponer que si tal distinción no recae sobre el ensayo de nuestro compatriota, su aparición hubiera pasado poco menos que ignorada para la mayoría de los lectores. Lástima grande habría sido que el conocimiento de tan importante libro se limitara a la audiencia académica y a los po-

cos abogados penalistas que aun litigan el español y no maldicen de Cervantes.

A esa minoría selecta pertenece, por derecho de consagración y méritos, el jurisconsulto y profesor Ignacio Rodríguez Guerrero, quien ha hecho de su cátedra de la Universidad de Nariño, un foro donde el hombre de vastas lecturas alterna su erudición con la experiencia vital del magistrado.

Fruto de su vocación docente, orientada hacia el análisis de los modernos tratadistas italianos del derecho penal, y de su formación clásica literaria, bebida en la misma fuente áurea, son los quince capítulos que integran el documentado estudio, al que solo hay que objetar que no se hubiese compuesto y publicado en otro continente, que de ser así ya estaría traducido a varios idiomas, para solaz y estímulo de hispanistas universales.

El escrutinio afortunado se inicia, en torno a dos mujeres asomadas a una venta del camino. La fugaz aparición de la Molinera y

la Tolosa, es apenas un buen pretexto para que Rodríguez Guerrero haga una interesante exposición acerca de la profesión más antigua del mundo. El mismo oficio infame, para el cual el diccionario ofrece "más de treinta palabras diferentes". La Molinera y la Tolosa son de la misma triste condición de aquellas que definió San Isidro de Sevilla, en sus etimologías, y absolvió —según parece— San Agustín de Hipona. Infracción policiva en nuestra legislación vigente, era poco menos que tolerada por la España de Alfonso el Sabio, en las Siete Partidas.

El Ventero Andalúz participa de la misma savia picaresca de Juan el Haldudo. Tipo pícnico, el uno, y atlético, el otro, conforme al patrón de la antropología criminal, aplicado por Rodríguez Guerrero, quien refresca, a propósito del Haldudo, la réplica salomónica del ingenioso hidalgo: "Bien está todo eso; pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado; que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos habéis rotpido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado; así que, por esta parte, no os debe nada..."

En el capítulo IV, Ignacio Rodríguez Guerrero anota cómo la Santa Hermandad también extendió su imperio a nuestra América y señala que para su sostenimiento se le asignó el salario afrentoso de dos pesos, como impuesto por cada esclavo negro que llegaba al Perú. Fueron muchas las trope-lías que cometieron los hermanos, a pesar de reiteradas prohibiciones estampadas en las ordenanzas reales y leyes de Indias. En lo que

respecta a Don Quijote y su medroso escudero, el encuentro con los cofrades temidos fue en el mesón famoso de Juan Palomeque, el zurdo, sin mayores consecuencias para el caballero y su fiel Sancho, tal como lo registra el autor, al estudiar los antecedentes históricos de la Santa Hermandad. En ellos toma pie para establecer un paralelo muy sagaz con los "procedimientos de la gestapo y la tcheka en Europa y las cuadrillas de genízaros a sueldo de ciertas dictaduras tropicales de Indamérica". El mismo Miguel de Cervantes, encarcelado y perseguido por deudas, al punto que soñó en venir a morir en el Nuevo Reino de Granada, debió sufrir en carne propia la acusiosidad policiva de los santos cofrades. Mas él se venga por boca de su caballero andante, en la *hurta* que no venta del zurdo, como quería Quevedo, "pues que en ellas hurtan más que venden".

Sobre Juan Palomeque, el zurdo analfabeto, "de condición terrible", se acumulan los descalificativos de impulsivo, autoritario, cínico desvergonzado. Sin ser un delincuente de peligrosidad avanzada, él encaja dentro de los *tipos vulgares* de Renato Kehl, o en los caracteres de Teofrastro, el griego. Con sus modelos vivos trajinó Cervantes, cuando quiera que "por caprichos de la fortuna hubo de dedicarse al tráfico de bastir naves para las Indias, fue el trabar amistad con los venteros", según noticia de Clemente Cortejón, citado por Rodríguez Guerrero.

En la posada del zurdo encuentra a Maritornes, la menuda moza asturiana, cuya descripción bien vale por la mejor caricatura: "ancha de cara, llena de cogote, nariz

roma, del un ojo tuerta y del otro muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas; no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera...". Aquí está, de cuerpo entero, la oligofrénica y dadivosa Maritornes.

Fue en campos de Montiel el encuentro del Caballero de la Triste Figura, con la cuerda de presos condenados a galeras. A la mitad de ellos interrogó y a todos libertó, con la fuerza hipotética de su brazo. Inclusive a Ginés de Pasamonte, que tan mal le pagó, con el robo del asno perteneciente a Sancho. Entre los ladrones y esturpador, resalta la estampa del anciano, en torno al cual Don Quijote ensaya una controvertible defensa del hoy casi extinguido oficio de alcahuete, con argumentos que harían perecer de envidia a más de un existencialista criollo.

Tampoco se le queda a la zaga el reincidente Ginés, a quien, en la segunda parte del libro cervantino, Don Quijote sorprende bajo el disfraz de titiritero, en la aven-

tura memorable de Maese Pedro. Mucho se ha discutido sobre el patrón humano que sirvió a Ginés. Mas no hay que olvidar que en toda obra de ficción —poesía o prosa— está subyacente la peripecia autobiográfica. Cuando el de Pasamonte escribe la historia de su vida, empuña el libro por doscientos reales, y busca la supuesta quietud de la prisión para continuar su relato, es indudable el parecido con Cervantes que, acorralado económicamente, sueña en arribar a las Indias, así el reposo implique, en cierto modo, el exilio. Ginés de Pasamonte, escribe el autor, perdurará como "flor y nata de la picaresca, espejo de la truhanería y espejo de la delincuencia española de su tiempo". También podría andar del brazo con uno que otro aventurero de la política nuestra, que todavía trafican por plazas y parlamentos nacionales.

Este primer tomo del libro de Ignacio Rodríguez Guerrero, se lee con el mismo grato provecho que la *Anatomía de un asesinato*, de Trevers, y la obra documental del sicólogo norteamericano Donald Powell Wilson.